

REGISTRO

del Eco del Norte.

I 2000

T. 1.º Trujillo Sabado 10 de Febrero de 1838. N. 59.

Se publica Miercoles y Sabado de cada semana.

CHILE.

Exposicion que hace el Jeneral Blanco al Supremo Gobierno sobre su conducta en la campaña del Perú. Santiago de Chile: Imprenta de la Opinion. 1838,

El Jeneral Blanco

A SUS COMPATRIOTAS.

En medio de la borrasca de pasiones agitada por la malevolencia, la negra envidia y la ingratitude: cuando se han empleado contra mi conducta publica las mas atroces calumnias, las mas ridiculas suposiciones y el lenguaje mas zofio y virulento: cuando la perfidia misma, cubierta con el manto de la amistad, se ha visto figurar entre las artes que se han jugado en esta escena ridicula, y vergonzosa de difamacion: que recurso queda al hombre de bien que descansa en el testimonio de su buena conciencia, al ciudadano que ha servido en una larga serie de años a su patria con celo y fidelidad, y que, como otros eminentes patriotas, ha contribuido a elevarla al grado de gloria en que es considerada entre todos los pueblos libres?—Apelar del falso injusto y precipitado de sus culpas, al juicio imparcial y tranquilo de la opinion publica. Confiado en ella, sujeto el siguiente documento a la consideracion de mis conciudadanos. Presenten mis enemigos las pruebas de su acendrado patriotismo, exhiban sus titulos al reconocimiento nacional y a la memoria de la posteridad. Yo manifestaré los míos: están en Talca, en Maipú, en Talcahuano, en Chilló & c., están, sobre todo, en el aprecio jamás desmentido de mis compatriotas.

SEÑOR MINISTRO.

Cuando el Supremo gobierno tuvo a bien confirmarme el mando de la expedicion que debia obrar contra el poder del jeneral Santa Cruz y en favor de la libertad del Perú, [1] conté con la cooperacion activa de aquellos pueblos, con la de las provincias Argentinas, y con los esfuerzos de la misma Bolivia para derrocar su propio gobierno. Creyó tambien que las fuerzas de la Confederacion no pasaban de ocho a nueve mil hombres. Sentada esta base, me permitirá US. hacerle una franca y sincera exposicion de la campaña, y de los motivos que me impulsaron a celebrar el tratado de paz de Paucarpata; y me lisonjeo de que ella, acompañada de los documentos que he presentado en esa secretaria, satisfarán completamente al Gobierno y al publico de mi conducta en el desempeño de tan difícil como pesado cargo.

Luego que me recibí del mando del ejército despues de los sucesos de Quillota, fué necesario proceder a la reorganizacion de los cuerpos de infanteria que bajo la denominacion de "Portales" y "Valparaiso" se formaron del rejimiento "Maipú"; y si no conseguí, a pesar de mis esfuerzos y el de sus Comandantes, poner a estos y al "Valdivia" al completo de su fuerza, logré si, introducir en ellos como en las demas cuerpos del ejército el espíritu de moralidad y disciplina que constantemente les ha distinguido y merecidole los mas honrosos titulos,

Esto era todo cuanto dependia de mí como jeneral. Su fuerza ascendió, como consta del estado de ella que diriji a ese Ministerio, a dos mil, setecientas, noventa y dos plazas. Una casaca usada de paño [y aun de esta carecia el batallon "Colchagua"] y el resto del vestuario todo de brin, y un mal poncho, formaba todo el equipo de la infanteria. La division del Jeneral La Fuente se componia de cuatrocientos, dos hombres, y doscientos, diez caballos. Llevaba ademas tres mil fusiles, y dos mil vestuarios de paño y brin.

Facil es conocer por lo espuesto que no iba en disposicion de hacer una guerra de invasion activa pues carecia de todos los elementos que ella demanda, principalmente en un pais cruzado de desertos y cordilleras. Muy al contrario mi plan debia cañarse a la ocupacion de un punto capital que pudiese proporcionarnos, contando con la opinion de los pueblos, de que tantas seguridades se nos dieron.

Despues de adquirir todos los conocimientos necesarios de aquellos peruanos que por sus juces y destinos que ocuparon en su patria se hallaban en mejor disposicion de prestarnos reunidos en la casa de mi habitacion los jenerales Aldunate y La Fuente, coronel Vrancó y D. Felipe Pardo, y hallandose presente el Gobernador de Valparaiso, les manifesté el plan de campaña que me proponia seguir, cuyo inmediato objeto debia ser la ocupacion de Arequipa. Su importancia politica, su espíritu publico, que se nos pintaba tan favorable, la idea de sus abundantes recursos, con que contaba asegurar el éxito de mis ultimas operaciones:—todo alentaba mis esperanzas, y aumentaba en mí la conviccion de lo atinado del proyecto. Como tal fué unanimemente aprobado; y aun el jeneral La Fuente, dejando a un lado el calculo de las probabilidades, llegó a asegurarme que al mes de estar en Arequipa habria ya completado los dos batallones peruanos de su division, montado el resto de nuestra caballeria y proporcionádome ademas ochocientos mulos, y la cantidad de cien mil pesos. [2] Estos auxilios unidos a los que él llevaba eran mas que suficientes a completar el equipo de mis tropas, y elevar el ejército a la fuerza de cuatro mil hombres.

La del enemigo en aquel departamento se computaba en dos mil, ochocientos hombres, acantonados en Torata, Moquegua y Tacna, y las que tenia el jeneral Brown en la frontera de las provincias Argentinas, en mil, quinientos. El resto del ejército de la Federacion ocupaba Lima y el departamento de la Libertad.

Declarada la guerra por los Argentinos, y anunciandose por estos un pronto y vigoroso ataque sobre las fuerzas del jeneral Brown, claro está que este no podia ser socorrido sino por las que componian el ejército del centro; por consiguiente, dirijiendome al Sur, lograba sobre las ventajas que se han apuntado, proteger tambien las operaciones de nuestros aliados.

A mi llegada a Arica supe que los cuerpos q' estaban en Torata y Moquegua habian marchado para Puno, aunque despues se dijo haber recibido orden de contramarchar; mas que el Jeneral Lopez permanecia en Tacna con su division, compuesta del Batallon Zepita y rejimiento de Lanceros de la Guardia. Al-

gunos amigos de este general me dieron a entender la disposicion favorable que tenia, aconsejando de sus sentimientos patrióticos, para obrar contra el general Santa Cruz. A efecto de sondear estas disposiciones, entablé con él comunicaciones secretas que, comprobandome la verdad de aquellas, aumentaron mis esperanzas y me hicieron adherir mas y mas al plan que me habia propuesto de dirigirme sobre Arequipa. [3]

El 29 de Setiembre en la tarde di fondo en Islay, punto en que debia ejecutar el desembarco; salté a tierra acompañado del Jral. La Fuente, Coronel Vivanco, y los señores Pardo y Martinez; y fui informado por el General Aldunate de que todos los habitantes del pueblo habian emigrado. Me preparaba a desembarcar el ejercito y caballos al dia siguiente; mas por una feliz casualidad supe por una persona fidedigna y practica que la travesia que me proponia hacer hasta el valle de Vitor era de 18 leguas, y no de doce, como se me habia informado (las leguas del Peru tienen ocho mil varas es decir un tercio mayor de nuestras leguas.) Sorprendido con semejante noticia, sali en busca del General Aldunate y de mis señores, a quienes repetí lo que acababa de saber. Parecieron dudosos; mas el general La Fuente afirmó que el habia hecho esta jornada con dos mil hombres, saliendo del alto de Vitor a las seis de la mañana, y que a las cuatro de la tarde estaba a la vela para el Callao con toda la division. Dando al general La Fuente todo el crédito que merece, yo no quise ponerme a la prueba, esponiendome a perder en esos arenales la mitad del ejercito, como hubiera sucedido atendiendo a lo que sufrió este en la travesia a Siguan, que se nos dijo ser de diez leguas. [4]

Al dia siguiente, al momento que comenzó la brisa, di la vela con toda la Escuadra y convoi, dando orden a los boques que conducian los caballos a seguir mis movimientos, y al resto de dirigirse a Quilca, en donde habia ordenado al General Aldunate ejecutar el desembarco de las tropas, mientras que yo hacia el de los caballos en una caleta de barlovento, venciendo mil dificultades, a que se agregó el fatal incidente de la perdida de la fragata "Carmen," que conducia la division Peruana, y a escepcion de los fusiles, todo cuanto llevaba el general La Fuente y parte del parque del ejercito entre cuyos renglones estaban las herraduras de los caballos y zapatos para la tropa.

La falta de aguada en tierra para los caballos me obligaba a remitir estos en partidas, conforme se iban desembarcando, atravesando una distancia de seis leguas de un camino péximo para llegar al punto en donde estaba el ejercito. De los caballos de nuestra se perdieron mas de ochenta entre muertos a bordo, ahogados, y estropeados en tierra.

Concluido el desembarco del ejercito, dispuse que el General Aldunate marchase a Siguan con el batallon Valdivia; al otro dia le siguieron "Portales" y "Valparaiso," y sucesivamente los demas cuerpos menos mi escolta y artilleria, por falta de caballos y bagajes. Ordené al Comandante Mayo marcharse a la Cuzana con doce Cazadores a caballo, a tomar el mando político y militar de la provincia, y reunir los auxilios que necesitaban el parque y los cuerpos que quedaban en el puerto.

El General Aldunate con los tres batallones primeros y el escuadron de Cazadores llegó a Arequipa y se acampó en Challapampa, haciendo entrar unicamente en la Ciudad la compania de Granaderos de "Portales." Al dia siguiente me le reuní con los dos escuadrones restantes, apresurando mi marcha por haber recibido en Uchumayo una carta de D. Felipe Pardo, que a nombre del General Aldunate me decia que el enemigo se hallaba cuatro leguas distante con tres batallones y un rejimiento de caballeria; noticias adquiridas de los adictos a la causa nuestra que salian a su encuentro, y que a mi llegada se declararon falsas. El enemigo se retiró a nuestra aproximacion a Puquina, distante catorce leguas. La Division de Lopez se me dijo hallarse en Moquegua.

Ocupada Arequipa, mi primera atencion fué establecer un gobierno nacional, obrando así en conformidad con mis instrucciones. Se convocó por un bando al pueblo con este objeto, pues habiendo emigrado casi todas las personas de alguna representa-

cion ó fortuna, se me indicó por el mismo Pardo no tener lugar otro modo que el de una reunion popular. Verificada esta, nombró de Jefe Supremo provisorio al general La Fuente y este de su Ministro General a D. Felipe Pardo, y de Prefecto al General Castilla. [5] Descargado de este modo de toda otra atencion que la del ejercito, me contraje exclusivamente a proporcionarme todos los medios de ponerlo en estado de poder obrar ofensivamente contra el enemigo, ó resistirle con éxito, caso que se decidiese a atacarme.

Con este objeto, la primera providencia que tomó el Gobierno provisorio en los apuros que desde el momento comenzaron a sentirse para la manutencion y demas atenciones del ejercito, cuyas necesidades crecieron considerablemente con la perdida de la fragata "Carmen," fué exigir un empréstito forzoso; pero como todos los propietarios habian emigrado se obligó a los arrendatarios a verificarlo bajo la pena de ser conducidos a bordo. [6]

Fué necesario atender a la pronta reparacion de las herraduras, pues sin ellas habria perdido pronto todos los caballos por la calidad del terreno. Tambien fué necesario hacer construir monturas para el escuadron Peruano que las perdió igualmente que sus lanzas en el naufragio de la fragata "Carmen." Los caballos llegaron bastante estropeados, como debe suponerse, despues de una navegacion seguida de un penoso desembarco y una marcha tan pesada. Yo miraba en ellos la suerte del ejercito por la imposibilidad de reemplazarlos; y a pesar de mis esfuerzos no logré que pudiesen harrarse todos hasta despues de tres semanas. El soldado habia llegado tambien en muy mal estado, y le era necesario el decarzo. Por falta de bagajes, cada uno llevaba seis paquetes de cartuchos, y tres dias de viveres, a mas de su mochila y caramañola. Esta circunstancia unida a una fatigosa marcha al través de un desierto arenoso, hizo sucumbir a siete individuos. Los oficiales marchaban igualmente a pie por la misma causa.

Se establecio una provision para la subsistencia del ejercito, que no pudo ponerse en orden a pesar de los esfuerzos del Prefecto, y Ministro General. Los viveres no se daban jamas a tiempo, y la mayor parte de los dias venia a participarme el Jefe del Estado Mayor que eran las dos de la tarde, y aun no tenia que comer el soldado; lo que obligó a que el General Lafuente propusiera dar el rancho, no en especie sino en dinero, a razon de un real diario por individuo, partido que, a pesar de la carestia de comestibles en aquel pais, acepte como menos contingente (7)

Con algunas mulas que tomó en Siguan el General Castilla se llevaron dos piezas de artilleria con sus dotaciones. Mi escolta marchó a pie para el valle de Tambo para proporcionarse ella misma sus cabalgaduras, y se me reunió muchos dias despues con ciento y tantos animales entre yeguas y mulas.

A los pocos dias de mi llegada a Arequipa, comenzaron a desaparecer las lisonjeras esperanzas, con que me habia dirigido a aquella ciudad; que apenas me suministraba por la fuerza el aliento del soldado; me convenci de no poder obtener ninguna alta en los cuerpos, y menos poder formar la division peruana, pues el pueblo desertó completamente de la ciudad, solo por que el General Castilla manifestó deseos de reunir la Guardia Nacional; y fue preciso que se persuadieran que ni aun para este servicio se les obligaria, a fin de que volbiesen, y no fuesen enemigos declarados. El Comandante Garcia del batallon "Portales" me dijo que tenian tanto horror al servicio, que ni ofreciendo engauche podia conseguir un recluta. (8) Se pasó por el Estado Mayor a la Prefectura una relacion de los bagajes que necesitaban los cuerpos del ejercito, reducida a lo mas preciso para moverse; y aunque el General Castilla me repetia que tenian de mas, el Jefe del Estado Mayor y Comandantes me decian que no se les habia completado, y que les faltaba su mayor parte. El Comandante Espinosa marchó con mas de cien infantes y veinte y cinco hombres de caballeria a Chuquibamba; punto en que se creyo aumentar las fuerzas de la division Peruana y sacar quinientas mulas; y lo que encuentro fue la oposicion mas tenaz en aquellos habitantes, como lo comprueba su carta al Coronel Vivanco [y cuya copia acompaño].

(9) Del escuadrón peruano solo habían podido montarse, y final, unas partidas que se habían enviado a retaguardia: el resto, que estaba en Arequipa, se hallaba a pié, y solo en los últimos días pudieron dar a su comandante cuarenta y dos cabalgaduras de toda especie.

Las fuerzas del Jeneral Cerdeña, a mi entrada en Arequipa, constaban de un regimiento de Lanceros, dos compañías de infantería y otra de artillería, y ocupaban a Puquina, distante catorce leguas, como se ha dicho. Los primeros días avanzaban dos compañías, una de infantería y otra de caballería hasta cuatro leguas de la ciudad. Traté de sorprenderlas, y mandé a las ordenes del Comandante del "Portales" D. Manuel Garcia, dos compañías de Cazadores y ochenta caballos para caer sobre ellos al romper el día. Desgraciadamente se habían retirado y dejado solo una partida de monteros, la que fue dispersada por veinticinco cazadores que se avanzaron, matandoles dos y tomando cuatro prisioneros. Desde entonces el enemigo no pasaba de Pocsí, siete leguas de Arequipa, donde mantenía dos compañías de infantería de preferencia y un escuadrón. Traté también de sorprender esta fuerza, que me decían hallarse apoyada por un batallón que estaba situado a dos leguas distante sobre la falda de los cerros, y mandé las cuatro compañías de cazadores y un escuadrón a las ordenes del coronel Necochea con este objeto; pero a su llegada, el enemigo que había sabido este movimiento, se puso en retirada con mucha anticipación; no teniendo otro resultado esta tentativa que haber tomado en su marcha veinticuatro soldados prisioneros, de veinte infantes y ocho lanceros que, estando embozados en Mollebaya creyendo sorprender una de mis partidas, se encontraron cortados a su turno. [10]

Voi a desenvolver ahora en su totalidad el plan que me había propuesto, y que en mi entender justifica la elección que hice de Arequipa como base de mis operaciones, cuya lisonjera perspectiva han venido a destruir tantas causas fatales e imprevistas. Distinguidas las fuerzas del Jeneral Santa-Cruz del modo que dejo espuesto, protejia además por este movimiento las operaciones de los Argentinos, como hevo dicho, pues el Jeneral B. avia no podía ser socorrido sino por el ejército del centro, que con nuestra presencia no podría hacerlo. Protejimos también las insurrecciones que se anunciaban como ciertas en Bolivia, y, lo que es mas, las operaciones del Jeneral Lopez, que puesto en comunicacion conmigo, me prometió retirarse a Bolivia con su division, para apoyar las deliberaciones del Congreso contra el Jeneral Santa Cruz, é impedir que este pudiese atacarnos, dandome el tiempo necesario para reponer mis caballos y acabar de arreglar el ejército. Con semejante cooperacion no podia dudarse del éxito de la campaña. Penetrando a Puno, cortaba la línea del ejército enemigo, amenazaba a Bolivia y tomaba posesion del Cuzco, que me proponia ocupar con la division peruana a las ordenes del Coronel Vivañco. [11] El enemigo en este caso no tenia otro partido que abandonar el Norte y venir con todas sus fuerzas sobre nosotros, quedando a mi elección el recibir la batalla o reembarcarme y dirigirme sobre Lima; pero lo mas probable hubiera sido que la campaña se decidiese en el Sur. La causa primordial de haberse frustrado dicho plan claro está que fue la perdida de la fragata *Carmen*: en ella venian los vestuarios de paño del Jeneral Lafuente, y con ellos contaba para vestir de abrigo a mis soldados, cuyo equipaje era solo a proposito para la costa, pero de ningun modo para la cordillera. Necesitaba también para pasar en ella llevar conmigo la provision del ejército, pues que no debía contar con otros recursos: y esto tampoco pudo proporcionarse por la escasez de ganado. A estos inconvenientes se agregaron otros, que hicieron de todo punto irrealizable la ejecucion de mis proyectos.

A pesar de todo voi a dar a U.S. una prueba de mi empeño en buscar al enemigo. El 3 de Noviembre el jeneral Castilla me presentó a un paisano que venia de Puquina, trayendo por noticia que todo el ejército de Cerdeña se hallaba en Pocsí; que el mismo le había acompañado marchando a su retaguardia.

Este movimiento a Pocsí me pareció natural, sabiendo que el Jeneral Santa Cruz bajaba de la cordillera y se hallaba próximo a reunirsele. Asegurado de un modo que parecia no dejar duda, me hizo resolver en el momento el marchar a atacarlo a esta segunda posicion antes de que se reunieran las fuerzas del Jeneral Santa Cruz. Di las ordenes correspondientes y a las diez de la noche todo el ejército se hallaba en marcha. A mi llegada a Mollebaya se me ratificó la misma noticia, señalando hasta la posicion que había tomado el enemigo y lugar en que había colocado su artillería. Todo me hizo mirar aquel día como el marcado para la desicion de la campaña. El contento se mostraba en todos los semblantes. Nos hallábamos ya a menos de una legua de Pocsí y eran las nueve de la mañana cuando, cuando se me presentó un hombre que venia del mismo pueblo, me notició que el enemigo, sabiendo nuestro movimiento, se había retirado para Puquina, y que no había nadie en el pueblo. Hice hacer alto al ejército, y con las compañías de cazadores y un destacamento de caballería, continué mi marcha, acompañado del Jeneral, Jefe de Estado mayor. Llegamos a Pocsí y no encontramos una persona que nos diese una noticia cierta de los enemigos. Mandé reconocer una partida que se presentó a nuestra vista sobre el cerro, camino de Puquina, la que se puso en fuga a la aproximacion de la nuestra. [12]

Frustradas nuevamente nuestras esperanzas de combatir, di la orden de contramarchar para Arequipa. La fuerza que formaba el ejército ese día era de 2,552 hombres segun el estado que me pasó el ayudante de Estado mayor, Teniente Coronel D. Francisco Ramirez; dejando mas de trescientos enfermos en el hospital sin contar los que quedaron a bordo.

En los primeros días de mi llegada a Arequipa no recibia sino noticias contradictorias con respecto a los movimientos del enemigo, ni podia por falta de espías comunicarme con el jeneral Lopez. Algunos que se me presentaron por los señores La Fuente y Castilla, aunque me proporcionaban noticias, las mas veces eran inexactas por su falta de capacidad, ó tal vez mala fé con que se prestaban a este servicio. [13.] Ultimamente supe de un modo positivo que los batallones Arequipa y primero de la Guardia que habían marchado a Puno, llegaron a Puquina a los pocos días a incorporarse a la fuerza del jeneral Cerdeña. El jeneral Lopez, lejos de cumplir lo prometido, se acercó con su division al jeneral Cerdeña, y la conclusion de todo esto fue reunirse ésta y fugar aquel para Chuquisaca. Supe de Puno que Santa Cruz había retrocedido de la Paz, y que venia a tomar el mando del ejército del centro trayendo consigo ochocientos a novecientos hombres, que las dos compañías que se hallaban en el Cuzco habían llegado ya a aquel punto al mando del jeneral Herrera; que la oposicion que tan decididamente se había pronunciado en el Congreso de Bolivia había desaparecido; que el movimiento de Oruro hecho por la tropa que tenia de guarnicion fue sofocado por el pueblo; que el diputado Sampértgui, primer campeón de la oposicion, convertido despues en *vil esclavo de Santa Cruz* (segun espresion de una carta que recibí el jeneral La Fuente) había enjuiciado y condenado al oficial que acaudilló aquella insurreccion, y que los argentinos no se movian despues de la accion de Huamaguaca. Supe también en los últimos días que los batallones 2.º de la Guardia y 5.º de línea, que venian el uno de Tupiza y el otro de Jauja a marchas forzadas, es-

taban proximos a incorporarse a la division de Cerdania. Las fuerzas del Jeneral Santa Cruz con esta agregacion ascendian al numero de cerca de cinco mil hombres, sin contar la division Vijil, que destacada del ejército del Norte se aproximaba obrando sobre nuestra retaguardia. (14)

En estas circunstancias, en situacion tan apurada y crítica, desprovistos de medios de movilidad, de subsistencia, de vestuario competente para atravesar la cordillera, con un enemigo superior al frente: ¿que movimiento ofensivo podia yo tentar? ¿que éxito podia prometerme de buscar al enemigo, a un enemigo poderoso, dueño de todas las posiciones ventajosas que a cada paso proporciona una sierra para combatir, aun siendo en inferioridad de numero? ¿No hubiera la ejecucion de un proyecto tan desatinado é irracional atraído la destruccion total del ejército? ¿Aprovechaba este inutil sacrificio a la causa que defendiamos? ¿Importaba al honor de la madre patria el esterminio de tres mil de sus mejores hijos? Respondan, no los militares instruidos, sino los hombres mas ajenos de la profesion de la armas, con tal que tengan sentido comun y buena fé. Está, pues, demostrado que no podia obrar ofensivamente sobre el enemigo, sin contrariar las reglas mas vulgares del arte de la guerra. [15]

No me quedaba mas partido que mantenerme en Arequipa, confiado en que el enemigo, por poco audaz que fuese, trataria de desalojarnos, provocando una batalla en que debia contar con el triunfo, atendida la superioridad de sus fuerzas. Por mi parte descansaba en la moral, en la disciplina, en el afamado valor del soldado chileno, y muy particularmente en la excelencia de nuestra caballeria. Con estas sobresalientes calidades que contrapesaban la ventaja material del numero de los enemigos, no temia los resultados de una accion: por el contrario, deseaba ardientemente y lo deseaba todo el ejército, medir nuestras armas sin cuidar de contar los enemigos; mas estas esperanzas no se cumplieron. El enemigo conociendo nuestra situacion, no quiso aventurar sus fuerzas ni correr los azares de la suerte, y se mantubo en sus posiciones, esperando que, agravandose por momentos aquella, me veria forzado a emprender una retirada, en cuyo caso confiaba hostilizarlos con todas las ventajas que le daban sus crecidas fuerzas, el conocimiento practico del terreno y la movilidad de una infanteria que en esta calidad puede sin exajeracion ser reputada sin igual. (16) No obstante estos lisonjeros calculos del enemigo, yo contaba hacer mi retirada sobre Quilca en buen orden, y dirijiendo la caballeria sobre Pisco, a pesar de una travesia de mas de doscientas leguas de un terreno faltar de recursos, dar la vela para dicho punto con el resto del ejército. Esta idea me aterraba sin embargo, al considerar el deplorable estado en que llegaria aquella, despues de tan larga marcha, y con los poquisimos auxilios que podia prestarle. Reflexionaba igualmente los apuros, tal vez mayores, en que iba a verme para la subsistencia del ejército, de la escuadra y transportes en una provincia tan inferior en recursos a la de Arequipa; (17) pero no pudiendo obstar entre este ú otro partido me era forzoso ceder al unico que se me presentaba.

En estas afflictivas circunstancias se me propuso por el Jeneral Santa Cruz una entrevista en Paucarpata. Me presté a ella, y esta conferencia atrajo otras, de que resultaron al fin los tratados celebrados en Paucarpata entre D. Antonio José Irisarri y yo por parte del Gobierno de Chile, y los Jenerales Herrera y Qui-

rós por el de la Confederacion Perú Boliviana. Antes de proceder a esta transacion, consulté con el Jeneral, Jefe de Estado mayor Aldunate, y los Jefes del ejército reunidos en consejo de guerra, sobre la proposicion de tratar a que se me invitaba por parte del enemigo, y convencidos de ser cierta la manifestacion que les hice de lo critico de nuestra situacion y de la fuerza de razones que les espuse, se pronunciaron unanimemente por este partido, como el mejor que en tan dificiles circunstancias podia adaptarse. Del acta que con este motivo se levantó dí al ministerio conocimiento remitiendole copia. [18] Si este documento no fuese suficiente a justificar mi conducta militar, y si las razones todas que llevo espuestas en apoyo de ella no bastasen a satisfacer plenamente al Supremo Gobierno, estoy pronto a responder en un consejo de guerra a los cargos que pudiesen hacerseme.

Me es altamente sensible que los tratados no hayan merecido la ratificacion del Supremo Gobierno. A él mas que ami toca juzgar de la conveniencia ó inconveniencia en materia tan grave y trascendental; pero me acompaña el sentimiento intimo de las puras intenciones que los dictaron. He dicho que no me quedaba otro recurso que retirarme sobre Pisco, y he apuntado va a U.S. todos los inconvenientes que iban a resultar de esta operacion. Debo añadir ahora que casi la conceptuaba como desesperada y desprovista de todo objeto de utilidad, y que esta consideracion habria en el ultimo resultado decididome tal vez a no abrazarla, prefiriendo como mas conveniente reembargar la expedicion en Quilca y restituirla a Valparaiso, aunque con el sacrificio que me habria visto obligado a hacer de todos los caballos, y la necesidad de rechazar los continuados ataques que en una travesia de treinta leguas habria sufrido de un enemigo tan superior en fuerzas y alentado por la naturaleza misma de nuestros movimientos. En tal posicion, no he creido ni lo ha creido el ejército todo empañar el lustre de las armas de Chile, admitiendo la oliva de la paz, de la mano de un enemigo poderoso. Lejos de mí y del ejército semejante bastardia. Si en la conveniencia politica del Gobierno entra el rechazar esta paz, me quedará al menos la satisfaccion de que estipulandola evité el aniquilamiento de una parte de mis soldados, y no derramé sin fruto una sangre preciosa de que algunos se muestran tan prodigos.

Sírvase U.S. elevar esta esposicion a S. E. el Presidente de la república para su conocimiento, y vindicacion de mi conducta como jefe de la expedicion que se me confió.—Dios guarde a U.S.—Santiago, 28 de Diciembre de 1837.—Manuel Blanco Encalada.

Señor Ministro de Estado en el Departamento de la Guerra.

El Registro.

Por no privar a nuestros compatriotas de la lectura integra del documento que contiene este numero, le hemos suprimido las notas que publicaremos el miercoles proximo: entonces tambien nos ocuparemos de las reflexiones que nos ocurren acerca de los hechos que nos descubre dicho escrito y las naturales deducciones que tienen lugar en las presentes circunstancias.